

## F. GAMBOA

reció de cuantas libertades quiso... Tildábase de ingrato, de perverso y monstruo; y ello, no obstante, la desnaturalizada sensación persistía y persistía agravada de un secreto regocijo salvaje—que al fin abrióse campo,—de satisfecho amor propio de macho liberado sin mancha, en desigual y riesgosisima contienda. De satisfacción suspiraba, por vencedor, sintiendo, sintiéndolo físicamente sin saber cómo, que no había sido engañado con ningún otro hombre, que había escapado de ese peligro inminente que á todos los maridos amenaza y en el que todos piensan de tiempo en tiempo con estremecimientos de espanto ¡aunque ninguno lo confiese!...

Nueva crisis de lágrimas sobrevinole, mezclada ahora á nerviosa risa, y apretó á sus chiquillas sobre su pecho; más que nunca lamentó la prematura muerte de Emilia; más que nunca lloró por ella lágrimas extrañas de gratitud inconfesable, porque se había ido dejándolo solo, sin mancha; de pena honrada, porque ya no volvería...

—¡Tam, tam!... ¡Tam, tam!...—tañó la campana del tren de las 8 que trasponía enloquecido los términos del «patio» del paradero, con su tañer monótono é igual al de las campanas de las demás locomotoras, que anunciaban con una idéntica lengua insensible el júbilo de los arribos y la melancolía de las separaciones.

Y á la par que la entera casita retemblaba con el violento rodar del convoy de vapor, se abrió la puerta del estudio, y en busca de las huérfanas, ya despabiladas y silenciosas, presentóse Refugio, la criada antigua que á ellas las tuteaba y de todos y de todo cuidaba con esmero sin límites de gente humilde incorporada por afecto á una familia. Llevaba una luz.

—Niñas, á rezar la «estación», que son las 8... ¿Viene Ud., señor?...

## RECONQUISTA

Con la callada por respuesta y un vago ademán en la atmósfera, se levantó Salvador del diván y dejó que sus hijas siguieran á Refugio, que, con la luz en la una mano y en la otra el Crucifijo quedado de través en el catafalco, precedíalas.

Pared de por medio con el estudio quedaba el dormitorio conyugal, en el que se detuvieron las chiquillas y la criada, dejando abierta la puerta. Salvador, que e puso á pasear á lo largo del estudio, veía, sin quererlo y sin interrumpir sus paseos, fragmentariamente, lo que en el dormitorio iluminado acontecía: algunos de sus muebles familiares, la vasta cama matrimonial, de bronce, en la que él había gozado y había engendrado, en la que Emilia había concebido y había muerto, de hoy más desierta por la esposa, desproporcionada á causa de sus anchuras para que una persona sola la ocupase, pues en su amplitud fabricáronla para el dormir de dos y el procrear de muchos, para el total acercamiento del amor sancionado y honesto, y para el parcial alejamiento sin ascos, en solicitud de reposo casto, luego de consumado el acto supremo... Salvador resolvió no dormir en ella, sino en un catre angosto que compraría pronto; ésa, la guardaria, desarmada... Signió paseándose y mirando fragmentariamente hacia el dormitorio iluminado... Refugio había colgado en su sitio el viejo Crucifijo, á la cabecera de la vasta cama matrimonial, y había encendido uno de los cirios que el cadáver velaron... se arrodillaba en medio de las niñas... abría un abultado y mugriento devocionario... muy devotamente, el piadoso rezo principió, inclinada Refugio para que las niñas la oyeran; despacio, muy despacio, para que las niñas repitiesen como repetían, una por una, las palabras humildes de la plegaria suplicante... Salvador se asomó al balcón, por nada, por asomarse, quizá por huir á la

## F. GAMBOA

goja inconfesada que la oración originábale; miró la noche negra, la calle desolada; dejó que la terca llovizna le mojase el cabello, y volvió al estudio, á cuya mitad paróse emocionado: la faja luminosa que por la puerta del dormitorio se entraba en el estudio, daba de lleno en el inconcluso cuadro del caballete, alumbrando téticamente la gloria de la carne desnuda... La historia del cuadro, que para Salvador no era un secreto, cual sí lo era para los visitantes del pintor que lo examinaban y aplaudían, resucitó de súbito con detalles ¡la ignorada historia tierna!... Esa mujer desnuda, era la fiel copia de su pobre Emilia, sí, de Emilia, que, casta y todo, no supo resistir mucho tiempo á esa exigencia de su esposo; exigencia de amante que busca eternizar el cuerpo de la amada, y de artista seducido por la forma de una mujer bella. Hubo, por lo pronto—Salvador recordábalo perfectísimamente,—una resuelta negativa de Emilia que se llevó las manos á las empurpadas mejillas de sólo imaginar que en parte distinta del tálamo su marido la contemplaba horas y horas en un desnudo absoluto, y que sus formas luego, sus formas de mujer recatada, para la maternidad nacida y criada lo mismo en lo físico que en lo moral, fuesen á quedar estampadas en un lienzo, expuestas á la curiosidad y al examen minucioso de cualquiera. ¡Nó, nó, ni pensarlo! Y hecha una grana, encabritado su pudor, juró no pararse en el estudio, refugiarse en las habitaciones abiertas de la casa, en las cercanas á las sirvientas, en las puertas, para más pronto escapar á las instancias de Salvador que reía de su espanto y la llamaba á capítulo cogiéndola entrambas manos, á fin de tranquilizarla, en tanto desenvolvía con pausada voz teorías estéticas que Emilia oía atenta y grave:

—Pero ven acá, muñeca ¿me crees acaso un canalla, un marido sin dignidad que pasaría por que extraños, ar-

## RECONQUISTA

tistas y curiosos vinieran á deleitarse con tu cuerpo bellissimo que adoro y del que soy más celoso que de mi vida misma? ¿No me reconvienes por mis celos continuos, mis celos que no reconocen otra fuente que saber que eres bella y que por bella te codician los que con alguna insistencia te miran cuando al teatro te llevo, cuando cenamos en la fonda, cuando salimos á la calle?... ¿Cómo, entonces, puedes ni figurarte que yo ¡yo! había de desnudarte y de exhibirte?... Tu cara no saldrá, tonta, ¡por cualquier dinero la sacaba yo! Lo que quiero copiar es tu cuerpo, tu cuerpo impecable—mientras los hijitos que nos vengan no te lo marchiten,—de flor recién abierta y en la plenitud excelsa de sus líneas... ¡Nó, no me digas que nó! Aguarda á que concluya... ¿No lograste que no tornase al estudio «modelo» ninguna, por ser, dijiste, una indecencia el que mujeres de la calle alquilen su desnudez? ¿No te he complacido, quedándose por mi complacencia dos cuadros ya bastante avanzados, sin terminar?... Míralos, ahí están, de cara á la pared, donde tú los pusiste «castigados»... ¿Te ríes, eh?... Además, y esto te lo digo bromas aparte, no se hace arte moral ni arte inmoral: se hace arte ó se hacen mamarrachos, ¡sin aguas tibias!... Dame gusto, ¿qué te cuesta? ¿Qué te importa que yo te mire desnuda ¡sólo yo! si mía eres desnuda y vestida, por fuera y por dentro?... ¿Si nadie en el mundo podrá sospechar nunca que en mi cuadro está tu cuerpo?...

Emilia transigía, pidiendo esperas; principiarian á la tarde siguiente, cuando ni las criadas sospechasen atrocidad tamaña. Y la tal tarde siguiente nunca llegaba; la anhelada sesión inaugural, la primera *pose*, no venía, ora estorbada por esto, ora por aquello. De balde que Salvador, muy de mandil y luego de haber reestirado el lienzo nuevo y exprimido colores frescos en la paleta raspada y

lavada, de haber aceitado el manubrio del caballete, después de alistar el barniz, apoyase el tiento en la orilla derecha de la tela encuadrada, y, la paleta en su mano izquierda, en ristre el pincel elegido de entre el manojo de ellos, que apretados descansaban cabeza arriba en el pequeño tiborcito de China, esperase á Emilia; siempre Emilia hallaba pretextos aceptables para no acudir á la cita íntima. Hasta que Salvador, enardecido por esta resistencia con la que no contaba, propuso condiciones humildísimas:

—Comencemos mañana, y si el desnudarte delante de mí ó el que tu cuerpo se retrate en el cuadro te apena mucho, ahí lo dejamos; tú misma borras lo que vaya hecho y no te desnudas delante de mí ni á la hora de acostarnos, ¿te conviene?...

Desarmada, Emilia consintió al fin. ¡Qué tardes encantadoras las consagradas al cuadro!

—¡No estamos para nadie, Refugio!—gritaban á la antigua criada, antes de confinarse en el estudio.

Y con mil precauciones encerrábanse en el estudio, cual si á perpetrar fuesen algún acto reprobado.

La tarde primera, Emilia corrió el biombo, para despojarse tras él de sus ropas.

—¡No te asomes ahorita, Salvador, hasta que yo te diga!...

Como el aviso tardara y tras el biombo reinase un silencio mortal, Salvador contrarió la súplica, y, de puntillas, aproximóse al endeble reducto de seda bordado, que cautelosamente fué doblando y doblando por sus mansas bisagras sordas...

Sorprendida, Emilia, chilló; manos faltáronle con que ocultar los más pudorosos sitios de su cuerpo femenino, y cual heroico recurso de defensa, dejóse caer sobre sus ro-

pas, sobre el tapete del diván, con los que intentó cubrirse, estrujándolos con una mano, mientras la otra, desatinada y trémula, saltaba de los senos á los muslos, de las rodillas á los hombros, y no podía ocultar ni hombros ni rodillas, ni muslos ni senos...

El hombre que había en Salvador, más poderoso que el artista, quebrantó la promesa; y deslumbrado frente á la desnudez de su esposa, joven y rendida, antes que retratarla, la amó como nunca habíala amado, en uso de todos sus derechos de esposo, en ejercicio de todas sus ansias de varón, subyugado en todas sus facultades de artista idólatra de la forma y de la carne... Así, grande y casto, comenzó el cuadro, con el doble espasmo del modelo y del creador; entre súplicas y besos que nadie escuchó de afuera y que se posarían en los demás cuadros, en las armas, curiosidades y tapices del artístico retiro, del cuarto de trabajo, de luz y de ensueño...

Salvador había ido acercándose al cuadro inconcluso, que la muerte ahora truncaba para siempre y al que la faja luminosa que por la puerta del dormitorio se entraba en el estudio, le daba de lleno, alumbrando tétricamente la gloria de la carne desnuda... Cuando se halló junto á él, las palabras humildes de la plegaria suplicante que sus hijas elevaban—y que Salvador cesó de percibir completamente, mientras resucitaba la historia dulce,—volvieron á sonar en su oído, á traerlo á la realidad de su dolor y desamparo: ¡sin esposa, sin creencias, sin dicha!...

Las niñas respondían á lo que Refugio oraba; respondían balbuceando, porque de nuevo sollozaban:

«¡Señor, oye mi oración!...—decía Refugio.

—»¡Y mi clamor llegue á Ti!...—balbuceaban las chiquillas.

Salvador no apartaba sus ojos del cuadro, taciturno, sombrío, asiendo con las manos crispadas los rebordes del lienzo, como si pretendiese abrazar, después de enterrado, el cuerpo bello y caro de la esposa ida...

—»...¡de la puerta del infierno!...—decía Refugio.

—»...¡líbrala, Señor!...—baluceaban las chiquillas.

Apasionadamente, Salvador, solo y casi á obscuras, púsose á besar el desnudo insensible, llorando sofocado llanto amargo de hombre.

—»...¡dulce corazón de María!...—decía Refugio.

—»...¡sálvala!...—baluceaban las chiquillas.

Para alcanzar con sus ósculos á la parte inferior del cuadro, donde no llegó á pintar los pies de Emilia pero donde éstos debieran hallarse si el cuadro estuviera concluido, Salvador se postró de hinojos frente á su obra, á tiempo que Refugio y las chiquillas daban término al «Rosario de los Difuntos»:

—»...¡por la sangre preciosa de tu Hijo!...

—»¡¡Misericordia, Señor, misericordia!!»

Y al lloro de las niñas y de Refugio, que se incorporaban y apagaban el cirio; al sofocado llanto amargo de Salvador, que permanecía de hinojos ante el cuadro, clavada la frente en la ceja del caballete, oscilantes y encrucijadas las manos, hacíaes coro, desde el balcón abierto, el discreto caer de la lluvia menuda de la noche.

## II

«Por las circunstancias que en Ud. concurren, el señor Presidente de la República ha tenido á bien nombrarlo catedrático de paisaje...»

Dudaba Salvador de lo que leía; volvía á leer el pliego, sonriendo á su pesar de mal contenido júbilo por lo que la cosa halagaba su amor propio. Era la cátedra, la cátedra soñada en la Academia de San Carlos, que tanto habían esperado Emilia y él, sobre la que tanto habían bordado planes cuando los presupuestos domésticos andaban flacos, á unos pasos de la bancarrota. Y ahora, que ya la venta de sus cuadros daba lo necesario para los gastos; ahora que la pobre Emilia ya no estaba ahí, con ellos, en el comedor en que Salvador releía el pliego y contemplaba á sus hijas; ahora aparecíase la tal cátedra, al mes del fallecimiento de quien más la ambicionaba, como una ironía á la muerte, que, con fe inquebrantable confió siempre en la realización del suceso y aún regañaba con Salvador, por los descreimientos que oponía á su ciega confianza de mujer sencilla que en las intervenciones divinas confía y en los milagros espera:

—Verás—decía á Salvador á cada nuevo desengaño,—verás: Dios nos la ha de dar...

—No, mujer—le contestaba él, irritándola cariñosamente,—Dios tiene más altas ocupaciones que enterarse de las vacantes de una escuela; si acaso, nos la dará Fulánez, que es ministro de Justicia y de la Instrucción Pública!—agregaba con entonación zumbona.